

## LA HERMOSA JARDINERA, POR RAFAEL.



MUSEO DEL LOUVRE.—Virgen llamada la HERMOSA JARDINERA, cuadro pintado en tabla, por RAFAEL.—Altura, 1 m. 22; anchura, 0 m. 96.

La Hermosa Jardinera forma parte, desde hace poco, del número de las inestimables maravillas que se encierran en el gran salón del Museo del Louvre. Entre todas esas obras esquisitas elejidas entre las mejores de los grandes maestros, se podrán encontrar composiciones mas entendidas y considerables que ese cuadro de Rafael, pero, á ciencia

cierta, no se encontrará ninguna mas suave ni perfecta.

Vasari cuenta que Rafael estaba pintando en Florencia la Hermosa Jardinera, que debia enviar á Siena, cuando recibió una carta de Bramante en que le decia que, habiendo hablado de él al Papa, Su Santidad habia consentido en encargarle el que pintara los salones del Vaticano, y con



este motivo Rafael partió precipitadamente, confiando á Ridolfo Chirlandaio el cuidado de terminar el ropaje azul de la Virgen. El cuadro en cuestion fué comprado por Francisco I<sup>o</sup> al noble de Siena, para quien se hizo, y en tiempo de Luis XIV adornaba en Versalles el gabinete de las medallas: posteriormente, en tiempo del Imperio, fué tasado en 400,000 francos.

Ridolfo Chirlandaio, á pesar de haber pintado el ropaje azul de la Virgen, no ha reclamado la mas pequeña parte de la gloria de la obra, leyéndose en el borde mismo de ese ropaje la firma de *Raphael Urbino* — 1507 — trazada sin duda por Ridolfo. El docto secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes de París, M. Quatremère de Quincy habla en estos términos de la Hermosa Jardinera, en su Historia de Rafael. « Ese precioso cuadro, lleno de frescura, y muy bien conservado, que Rafael hizo para Siena, y que se conoce bajo el nombre de la Hermosa Jardinera, acaso porque el traje de la Virgen se parece efectivamente al de las aldeanas, es una de esas composiciones sencillas que deben colocarse á la cabeza de aquellas en que Rafael, ántes de elevarse al sublime ideal que alcanzó despues, se limitaba á representar la espresion de la injenuidad y la inocencia, y de esa gracia púdica cuyos modelos encontraba en los campos en las jóvenes aldeanas. Nada es comparable al candor que se manifiesta en el rostro de la Virgen. El colorido y el dibujo se hallan en un acuerdo perfecto, acuerdo que nunca ha podido crear nada mas puro ni divino que las formas del Niño Jesus, y el sentimiento de adoracion del pequeñito san Juan.

Lepicié, en su Catálogo razonado de los cuadros del rey, dice entre otras cosas lo siguiente acerca de ese cuadro: « Creo que Rafael, cuando puso al Niño Jesus encima de un pié de la Virgen, quiso caracterizar con ese rasgo la respetuosa ternura de esa santa madre que ve en su hijo su Salvador. »

#### UN SECRETO DE MEDICO.

(Véase nuestro n. 5.)

— Enhorabuena, — dijo volviéndose con una sonrisa hácia el jóven doctor, — como sin duda ninguna poseeis los medios de probarnos la legitimidad de la deuda no teneis mas que presentarnos vuestros libros de visitas, los recibos de los socorros, y una prueba escrita de los remedios...

— Caballero, — interrumpió Fournier algun tanto cortado, — un médico no toma semejantes precauciones con sus enfermos; pero no teneis mas que preguntar á la señorita Rosa...

— Eso es, — repuso Leblanc sonriéndose, — vos la apoyais y ella os apoyará, es muy justo, pero desgraciadamente los tribunales no pueden tomar en cuenta los impulsos de simpatía ó de gratitud, y hasta que el señor doctor tenga la bondad de establecer convenientemente sus derechos nos hará el favor de permitirnos que pongamos en ejecucion los nuestros como parientes del difunto.

— Si, si, — exclamó Tricot cuya cólera contenida hasta entónces se habia acrecentado hasta el último extremo — y si os gustan los pleitos no teneis mas que pleitear.

— Por vos y vuestra protegida, — exclamó Teresa.

— Ambos se podrá preguntarles, verbigracia, en donde ha escondido el señor Duret sus economías.

— Y lo que ha hecho de su vajilla de plata, que yo misma he visto.

— Y como se hallaban solos en casa cuando el primo ha cerrado el ojo...

— Será menester que devuelvan lo que falta.

— ¡Miserables! — exclamó Fournier fuera de sí al oír aquella infame sospecha y queriendo adelantarse hácia Tricot con el puño levantado.

Rosa que acababa de entrar se metió por en medio.

— Déjale, déjale, — gritó Tricot armándose con una bala que habia encontrado allí por casualidad, — á mi me gusta habérmelas con los señoritos, déjale.

— Y ten cuidado contigo intriganta, — exclamó Teresa amenazando con el puño á la jóven, — si te cojo algun dia te aseguro que tendras que rascar.

— ¡Oh! venid, venid, por amor de Dios, — murmuró Rosa esforzándose por llevarse al médico.

Este titubeó un instante, pero vuelto en fin á la razon, lanzó una mirada de desprecio á los que le insultaron y siguió á la jóven hasta el patio de la casa.

Ambos se detuvieron á la puerta del pabellon: Rosa cruzó las manos, y clavando en Fournier sus ojos preñados de lágrimas exclamó:

— Perdonadme caballero lo que habeis padecido por mí: una pobre jóven como yo no tiene jamas ocasion de devolver los servicios que recibe, pero al ménos vivid seguro de que os estaré agradecida miéntras viva.

— ¿Y qué vais á hacer ahora Rosa? — preguntó el jóven enternecido.

— No lo sé aun, caballero, — respondió la jóven, — hoy estoy tan triste que no puedo pensar en nada; mañana estaré mas animada: la tendera me ha dicho que fuera esta noche á su casa... y despues... despues... Dios me ayudará!

Fournier la tomó la mano en silencio; Rosa correspondió débilmente á su apretón, le saludo en voz baja y salió.

El corazón del jóven se hallaba rebosando de indignacion. Vuelto á su casa se puso á pasearse por su cuarto presa de una agitacion estremada, preguntándose como podría socorrer á aquella pobre abandonada que acababa de separarse de él. Si efectivamente habia dejado un testamento el señor Duret, no hay duda que los Tricot le sustraerian, pero ¿cómo probar la sustraccion? Por otra parte acaso los interesados no habian podido dar aun con el testamento, porque de las palabras del moribundo podia deducirse que lo habia ocultado en alguna parte; se habia lisonjeado de haber dado su parte á Rosa, y habia prevenido que la buscara... pero sus revelaciones se detuvieron aquí, no habiéndole permitido la muerte el decir mas.

El jóven, devorado por una especie de fiebre se perdía en conjeturas. Cuando llegó la noche, apoyada la frente en la vidriera, como al principio de esta historia, vió salir á los parientes del difunto con su consejero llevándose los papeles y objetos mas preciosos. El doctor paseaba sus miradas á la casualidad sobre la casucha abandonada, el patio desierto y el jardin, cuando de repente se detuvieron al descubrir un pozo arruinado que se hallaba á un lado del jardin cerca de un muro donde se veían aun los restos de una cornisa: entónces se acordó súbitamente de las últimas palabras pronunciadas por el señor Duret: *jardin... detras del pozo... el capitel...* No cabía duda ninguna; allí debía estar el secreto del difunto. Animado por una súbita inspiracion, bajó vivamente, atravesó el patio, abrió haciendo algun esfuerzo la puerta del jardin y llegó junto al pozo.



El brocal medio destruido dejaba ver anchas grietas de distancia en distancia, que el doctor quiso sondear despues de haberlas examinado, sin descubrir nada. La parte de detras del pozo, que se hallaba bajo el fragmento de capitel que sostuvo antiguamente la cornisa, era el único sitio que no presentaba ningun vacío; la piedra de sillaría se hallaba perfectamente sentada. Despues de haber dado dos ó tres vueltas en derredor del pozo, examinándole por dentro y fuera, Fournier se avergonzó de su credulidad: ¿cómo había podido detenerse un instante en aquella idea novelesca de un tesoro escondido, y tomar por una indicación las últimas palabras balbuceadas por el moribundo? Se encojió de hombros, echó una última mirada al pozo y volvió á tomar el camino del pabellon.

Sin embargo, á pesar de todo siempre conservaba una duda involuntaria. A punto ya de salir del jardin, se volvió, y vió nuevamente el pozo, el muro y el capitel.

— Ese es el sitio designado por el señor Duret, — se dijo para sí, — pero no hay nada junto al muro; la piedra del brocal está en su sitio...

Aquí se detuvo de repente.

— En efecto, — pensó, — ¿porqué no queda mas que esa piedra sentada con solidez?

Esta sencilla reflexion le hizo volver atrás. Examinó de nuevo y mas atentamente la piedra de sillaría, y notó que la habían fijado recientemente introduciendo yeso y piedrecillas en las juntas. Esforzose por menearla arrancando aquellos leves puntos de apoyo, y al cabo de algunas tentativas logró moverla y desviarla; entónces apareció á sus ojos un vacío de donde sacó con gran trabajo un cofrecillo forrado de hierro.

El cofrecillo rodó al salir por la parte de afuera despidiendo un sonido metálico que revelaba suficientemente cuál era su contenido. Fournier, casi fuera de sí de alegría, volvió á colocar la piedra como ántes estaba y reuniendo todas sus fuerzas, trasportó á su casa el cofrecillo.

Cuando llegó á su cuarto, le puso en el suelo y probó á abrirle, pero estaba cerrado sólidamente y no tenia la llave de la cerradura: despues de varias tentativas inútiles se sentó, fijos los ojos en el cofrecillo y se puso á reflexionar.

¿Qué debía hacer con aquel tesoro que la casualidad había puesto en sus manos? No se le ocurrió ni por pienso la idea de apoderarse de él, pero ¿á quién debía entregarlo? La ley le designaba los Tricot, pero la justicia natural y su inclinación le decían que á Rosa, porque evidentemente aquella era la parte de la pobre huérfana como lo había declarado su padrino momentos ántes de morir; su última voluntad claramente manifestada había sido la de sustraer su herencia á la avaricia de sus primos á fin de dotar á su hija adoptiva. No le había faltado mas que tiempo para dar á este deseo una forma legal, y aun quién sabe si esto estaba hecho porque ¿cómo podría saberse lo ocurrido en aquella toma de posesión tan prematura verificada por el primo? Tal vez maese Leblanc había descubierto y aniquilado el testamento del señor Duret, y si así era, ¿semejante violación de derechos no justificaria las represalias? Puesto que se había violado la justicia para despojar á Rosa, esta no podía tambien combatir con las mismas armas? Los herederos habían querido sustituir al reparto legal una especie de saqueo en el que cada cual tomó lo que podía; así pues, se estaba en el derecho de seguir su ejemplo y conducirse como ellos se condujeron.

Por convincentes que le parecieron estas razones al jóven médico, resolvió sin embargo esperar hasta la mañana siguiente ántes de decidirse á nada. A pesar de todo la voz de la conciencia hablaba mas alto en su corazón; Fournier conocía que iba á sustituir su propia justicia á la de la sociedad y que se salía fuera del dominio de la ley por esa puerta peligrosa de la sensación y de la preferencia; su sensatez le decía que nadie tiene derecho para arreglar el deber á su antojo, compensar las faltas ajenas con las suyas propias, ni trasformar las reglas impuestas á todos en un especie de decreto provisional cuyos artículos pueden borrarse ó modificarse.

El jóven médico pasó la noche de este modo en alternativas de decisiones y escrúpulos que le impidieron reconciliar el sueño.

Cuando amaneció el día, Fournier continuaba deliberando consigo mismo, hasta que llamaron despacio á su puerta; salió á abrir y se encontró con la jóven, que le pedía mil perdones, trémula y con los ojos bajos, por haberle incomodado tan de mañana.

— Dispensadme, caballero, venia únicamente á despedirme de vos, — le dijo sin moverse de la puerta.

— ¿Os marcháis? — interrumpió Fournier.

— Sí, voy á Paris, donde me han prometido hacerme entrar á servir en una casa.

— ¿Vos?

— No hay otro remedio. De este modo, al ménos, no viviré á cargo de nadie, y me esmeraré en tener contentos á los amos... únicamente no he querido marcharme sin venir á daros un millon de gracias, y á pedirlos un favor.

— Decid, decid.

— Los herederos de mi padrino se han negado á pagáros lo que se os debe, lo cual me llena de pesadumbre á mí que os pedí... todo lo que habeis hecho por el enfermo... y si algun día puedo pagároslo como es debido...

— Ah! No hableis de eso, — interrumpió vivamente Fournier.

— No, — dijo Rosa, — porque mi buena voluntad es impotente ahora; pero... ántes de partir... quisiera... os suplico que no os negueis á aceptar el único recuerdo que puedo dejaros.

Y balbuceando estas palabras con un enternecimiento mezclado de vergüenza, la pobre jóven sacaba del bolsillo de su delantal un paquetito muy bien envuelto en un papel que desenvolvió con mano trémula, y alargando al médico uno de esos cubiertos de plata que se regalan á los niños el día del bautizo, añadió:

— Me le dió mi madrina; os suplico encarecidamente caballero que no lo desprecieis... es todo lo que he poseído desde que estoy en este mundo!

Habia en la voz, en el ademán y hasta en el mismo regalo una injenuidad tan encantadora que al jóven se le saltaron las lágrimas; tomó las dos manos de Rosa entre las suyas, y exclamó:

— ¿Y que diríais si de repente os diera yo mas riqueza que todas las que habeis podido imaginar jamás?

— ¿A mí? — replicó la jóven mirándole con estupor.

— ¿Si pusiese ahora mismo en vuestras manos un tesoro?

— ¡Un tesoro!

— Mirad.

Y diciendo esto la hizo entrar rápidamente en su cuarto la mostró el cofre que estaba aun en el suelo, y la contó lo sucedido.



Rosa que al principio no podía comprender aquello, no tuvo fuerzas para soportar una alegría semejante, y cayó de rodillas sollozando.

Fournier trató de calmarla, pero la transición había sido demasiado fuerte, la joven deliraba; contemplaba el cofrecillo llorando y riendo á la vez, hasta que de repente clavando sus ojos en el joven y cruzando las manos, exclamó dando un grito que salía de lo más recóndito de su corazón:

— Ah! Al cabo sereis tan dichoso como lo mereceis.

— ¿Yo? — dijo Fournier retrocediendo.

— Vos, vos, — repitió Rosa exaltada. — ¡Ah! ¿creeis que no he notado que os hacen falta muchas cosas?... ¿creeis que no he adivinado vuestras inquietudes?... Mi pobreza me era mas soportable que la vuestra, porque yo ya estaba acostumbrada, pero vos debiais estar en otro rango; tomadlo todo, caballero, todo es vuestro, todo, todo, todo.

Y la pobre joven anegada en lágrimas de amor y de alegría se esforzaba por levantar el cofrecillo para ponerlo en manos del médico.

Fournier, sorprendido al pronto y luego enternecido, quiso detenerla dándole gracias.

— ¡Ah! No podeis dejar de tomarlo, — continuó Rosa con mas viveza. — ¿No es á vos á quien debo esta fortuna? Pues quiero que lo sepa todo el mundo, principiando por los que se han negado á haceros justicia.

Fournier exclamaba que era inútil, pero Rosa no le escuchaba; acababa de ver llegar á los herederos y corrió á llamarlos.

El médico asustado la cojió por el brazo.

— ¿Queréis perder lo que debeis á una casualidad? — exclamó.

— ¡Perder! — repitió la joven sin comprenderle.

— ¿No habeis adivinado que podrian reclamar la restitución del cofrecillo?

— ¿Y cómo?

— No teneis ningun título que pueda acreditar la posesión.

Rosa se estremeció y fijó sus ojos en Fournier.

— Entonces, ¿no me pertenece? — dijo con presteza.

— Todo hace creer que vuestro padrino os le destinaba; pero la ley exige otras pruebas.

— ¡La ley! — añadió la joven, — todo el mundo debe obedecerla.

— A menos que la conciencia no se oponga á ello.

— No, no, — repuso vivamente Rosa, — la conciencia puede impedirnos el usar muchas veces de todos nuestros derechos, pero nunca disminuir las obligaciones que el deber nos impone: ¡ah! lo habia comprendido mal, ese cofrecillo no me pertenece, y toda esa dicha no era mas que un sueño.

Al decir esto Rosa se habia puesto pálida como el papel, pero ni su voz ni sus miradas manifestaban la menor turbación; aquel sencillo corazón no titubeó un instante; sus esperanzas engañadas no pudieron quebrantar su rectitud, únicamente como el golpe era demasiado violento despues de tantas emociones, la joven desfalleció y tuvo que sentarse.

En cuanto á Fournier, acababa de experimentar una especie de reacción; la admiración habia sucedido al enternecimiento. Todas las paradojas de la víspera se desvanecieron ante aquella rectitud genuina, y su alma contagiada por decirlo así, con aquella lealtad, volvió súbitamente á

sus nobles instintos. Sin responder una sola palabra á la joven, fué á buscar á los herederos, hizo llamar á un notario y depositó en sus manos el opulento cofrecillo.

Una llavecita que los Tricot hallaron colgada al cuello del difunto, abrió al punto la cerradura, dejando ver una porción de plata labrada al lado de un montón de monedas de oro.

El campesino y su mujer lloraban de alegría: Rosa y Fournier estaban serenos.

El notario contó primeramente la moneda bajo la cual se hallaba un legajo de billetes de banco; el todo ascendía á cerca de trescientos mil francos.

Tricot fuera de sí de gozo, se acercó á la mesa cojió el cofrecillo vacío y le sacudió; entonces cayó un papel oculto entre la madera y el forro.

— ¡Mas! ¡mas! — dijo el campesino levantando el papel y presentándolo al notario.

Este le abrió, echó una mirada, é hizo un movimiento de sorpresa.

— Es un testamento, — dijo.

— ¡Un testamento! — exclamaron todos.

— Por el cual M. Duret nombra por heredera universal á la señorita Rosa Fleuriot, ahijada suya.

Cuatro exclamaciones se oyeron al mismo tiempo, exclamaciones de sorpresa, de gozo y de desconsuelo. Tricot quiso arrojarle sobre el papel, pero el notario se echó hácia atrás, necesitando emplear la violencia para desembarazarse de los dos esposos encolerizados que salieron insultando é injuriando á todos los asistentes.

M. Leblanc á quien fueron á consultar les esplicó con mil trabajos que su desgracia no tenia remedio y que todos los pleitos del mundo no podrian devolverles la herencia del señor Duret.

Tricot persuadido de esto, pasó, como todos los cobardes de la insolencia á la bajeza, y fué á felicitar á Rosa, mezclando sus felicitaciones con ayes y suspiros. La joven siempre jenerosa, le abandonó todo lo que habia tomado antes de descubierto el cofrecillo.

En cuanto á Fournier, no tardó en casarse con Rosa, que no fué únicamente una compañera de su felicidad, sino una buena consejera y un apoyo. Sabiendo que la sociedad, al aislar á la mujer de esa ruda práctica de los negocios que con el tiempo suele endurecer el alma, le ha confiado la guarda de los instintos mas delicados y mas dulces, la joven esposa fué como una especie de conciencia invisible colocada siempre á la puerta del corazón de su marido para no dar entrada en él á la debilidad, el error ó las malas pasiones.

#### UNA LECCION DE HERMANA.

Las señoritas Elisabeta y Clara Jackson se habian quedado huérfanas casi en la infancia. Educadas por un tío que no habia pensado mas que en amarlas, cada una de ellas habia crecido entregada á sus propias inclinaciones, y sin otra educación que la de las circunstancias, pero el mundo es un libro peligroso para el que quiere estudiarle sin otro maestro que su inesperienza y sus pasiones, porque en vez de leer lo que está escrito leemos con frecuencia lo que no está, y faltos de guía que nos advierta del error, fallamos segun nuestras ideas convirtiendo en principios nuestros errores.

Esto mismo le habia sucedido á la señorita Clara. Dotada de una imaginación viva y de una firme voluntad, aunque con un carácter absoluto, se habia acostumbrado á no titu-



bear jamas en sus resoluciones y á mostrarse inflexible tanto consigo misma como con los demas. La intolerancia de la juventud, hija de la ignorancia de la vida, se habia trasformado en ella en una especie de regla de conducta, y de aquí nacia que sentia las cosas vivamente, juzgaba se-

gun la sensacion que la producian, y obraba en consecuencia, y atropelladamente. De esto resultaba, en efecto, algo de lógico y leal, pero al mismo tiempo se veian un rigor y prontitud tales que despues la producian pesadumbres infinitas; no habia aprendido aun en la práctica de la vida



Una leccion de hermana.—Dibujo de FREEMAN, tomado de F. STONE.

que hasta las virtudes para ser humanas necesitan temperarse con la ternura y la paciencia.

Dichosamente Dios habia colocado á su lado el dulce ejemplo de su hermana. Elisabeta tan firme y tan sincera como Clara, era sin embargo ménos implacable; no tenia

uno de esos corazones romanos inflexibles y austeros, y si su mano se engañaba no pensaba en quemarla sino en dirigirla mejor en lo sucesivo. Como mayor de edad sabia que la existencia terrestre no es mas que un cambio recíproco de indulgencias, beneficios y perdones, y muchas



veces habia podido detener á tiempo á su hermana en sus resoluciones estremas, pero la jóven Clara se indignaba con las temporizaciones indulgentes de su hermana y evitaba el consultarla á fin de evitar las objeciones.

Después de la muerte de su tío Elisabeta era la verdadera cabeza de la casa, y con ese título ejercía una autoridad que Clara no intentaba nunca disputarle, pero á la cual trataba de sustraerse en varias ocasiones.

Ultimamente se acababa de presentar una de esas dolorosas ocasiones á propósito de su primo John Bwring.

Protejido por el tío que habia educado á las dos hermanas, John se habia presentado diferentes veces en Lanark y habia podido conocer íntimamente á Elisabeta y Clara. El carácter de esta última principió por sorprenderle y acabó por interesarle; dulce y tímido como él lo era, halló en la firmeza un poco absoluta de la jóven, lo que faltaba á su propia naturaleza, y atraído por esa cualidad de que carecia, se enamoró de su jóven prima y acabó por pedir su mano.

Clara, animada por las mismas razones de contraste, acojió su demanda favorablemente; la boda debia celebrarse en breve y en el interin se estableció entre ambos una seguida correspondencia. Las cartas de John eran afectuosas, pero cortas en jeneral, por lo cual Clara le hizo repetidas veces serias reconvenciones, á las cuales el jóven contestó disculpándose con los muchos quehaceres de la casa de Edimburgo á que estaba asociado, y añadiendo que tenia la vista un poco cansada. Esta última excusa fué tanto mas sensible para Clara cuanto que habia el fatal antecedente de que John Bwring se habia visto amenazado de una oftalmia muy grave: la jóven quiso enterarse con su viveza ordinaria del estado de la enfermedad, pero John respondió chancéandose y Clara se tranquilizó.

Sin embargo sus cartas mas cortas cada vez iban haciéndose bastante raras, y al acercarse la época fijada para el matrimonio, John pidió un nuevo plazo á causa de sus muchísimos negocios.

Clara al recibir esta carta enrojeció y luego se puso pálida; por primera vez penetró en su alma una duda cruel; y como era incapaz de contenerse escribió á John diciéndole que no debia creerse comprometido por su palabra, y que si vacilaba en cumplirla, ella no manifestaria ni despecho ni rencor, y lo que únicamente le pedia era que le dijese la verdad.

Bwring respondió en pocos renglones escritos precipitadamente como lo probaba la letra, que iba á marchar á Londres para un negocio urjentísimo y que á su vuelta contestaría á su pregunta, suplicando á Clara que en el interin tuviese la bondad de esperar y conservar le su amistad.

Esta carta fué una puñalada para la jóven; la concision de la respuesta, el aplazar toda esplicacion, y la especie de reserva que manifestaba la carta, todo la persuadió de que John se arrepentia de la palabra dada. En vano Elisabeta trató de decidirla á esperar la carta prometida; Clara, herida en su dignidad, en sus esperanzas y en su inclinacion quiso salir al encuentro al golpe que temia con la inflexibilidad de resolucion que acostumbraba.

Así pues, escribió á su primo devolviéndole su palabra y declarándole que toda alianza entre ambos era imposible ya, y daba los motivos de esta resolucion analizando el carácter de Bwring con una franqueza tan amarga que cerraba para siempre el camino á toda especie de reconciliacion. La carta era larga y detallada y respiraba esa

frialdad aparente hija de una indignacion contenida: John después de leerla no podia ménos de considerar como definitiva la ruptura y de aceptarla, sino por inclinacion, por amor propio. Clara temiendo las objeciones de su hermana y no sintiéndose con fuerzas suficientes para sostener una nueva discusion con ella sobre el particular, dió la carta á un criado, encargándole que la echara al correo.

Mientras la escribió, la animacion del pensamiento y el esfuerzo de la voluntad habian sostenido á la jóven; pero una vez concluida, cayó en un profundo abatimiento. Hacia un año que se habia ido acostumbrando á la idea de aquel enlace con su primo; todos sus proyectos de felicidad estaban unidos á él, habia arreglado de antemano su porvenir, sus esperanzas y sus alegrías, y ahora era necesario renunciar á todo, buscar en otra parte una familia y desarraigar de su corazon las esperanzas de que se habia alimentado. Clara sintió cruelmente todo eso; bajo su firmeza orgullosa ocultaba una sensibilidad sincera: prometida de John Bwring le amaba como al futuro compañero de sus dichas y pesadumbres, y este cariño que al principio habia penetrado en el corazon de la jóven como el sentimiento de un deber, habia socabado el principio de su existencia mas de lo que hubiera podido imaginarse.

Pasáronse quince dias sin recibir noticia ninguna de Bwring. Una tarde Clara se hallaba sola en el salon y miraba por la ventana los últimos rayos del sol en el ocaso; una lágrima silenciosa corria al mismo tiempo por sus mejillas sin que la jóven lo notara. El ruido que hizo la puerta al abrirse la sacó de su distraccion, enjugó vivamente sus ojos y se volvió; su hermana acababa de entrar.

Elisabeta traia un rostro alegre aunque conmovido, y tenia en las manos una carta.

— Te estaba buscando, querida hermana, porque tengo que hablarte, — dijo Elisabeta acercándose á ella y besándola con ternura. — Tengo que hablarte detenidamente, — continuó — y te suplico me oigas con paciencia.

— Puedes hablar querida hermana, — respondió la jóven.

Elisabeta se sentó y Clara permaneció en pié.

— La carta que te escribió John antes de marcharse á Londres te ha causado un vivo sentimiento, y tomaste la pluma para responderle sin escuchar mas voz que la de tu descontento.

Clara quiso interrumpirla.

— Déjame acabar, — continuó con presteza Elisabeta, — le respondiste inmediatamente empleando una parte de la noche en escribir tu contestacion, puesto que á la una de la madrugada aun ardía la lámpara en tu cuarto. ¿Como has podido figurarte que lo ignoraba? ¿Crees que puedes tener alguna pena sin que yo lo sepa, y sin que trate de remediarla?

— Me consta tu ternura hacia mí, querida hermana, — respondió Clara bastante turbada, — pero te suplico que no hablemos mas sobre el particular.

— Al contrario, — dijo Elisabeta con dulzura y firmeza, — hablemos de ello; Clara, esa carta que has escrito manifestaba un amargo resentimiento y rompía la proyectada union.

— ¿Y cómo lo sabes? — preguntó la jóven.

— Porque quise leerla, antes de que la echaran al correo. Clara se puso erguida, con el ojo severo y frunciendo las cejas.

— ¿Tú? — repitió, — ¿y quién te dió derecho para ello?

— Mi amistad, — contestó dulcemente la hermana ma-



yor. — Como sé por experiencia lo inflexible que eres en tus resoluciones, Clara, me temí que te habrías dejado llevar por el primer impulso de tu descontento, pero; ¡ay! la realidad sobrepujo mis temores. En el primer instante quise combatir aquella fatal resolución, pero presumíendome que no tendrías bastante tranquilidad para escucharme, vacilé, esperé...

— ¿Y qué vienes á decirme hoy? — preguntó Clara con cierta altivez, — hoy que todo está ya hecho de nada sirven las lamentaciones; y además debes saber que no siento lo acaecido; la ruina de mis esperanzas me causa sin duda algún dolor, y padeceré acaso largo tiempo, pero esto no quiere decir que me arrepienta de lo hecho, no, porque mas vale romper un yugo funesto ántes de estar sujeta á él, y aunque ese esfuerzo deba costar la vida, que condenarse á sufrirlo eternamente. Con razón ó sin ella, no quiero unirme con un hombre para quien yo no sea el primer interés y el objeto de todos sus cuidados, porque estando decidida á consagrarle todo el cariño de que es susceptible mi corazón, pretendo ser pagada en la misma moneda. Consientan enhorabuena otras mujeres en ser únicamente una parte accesoria de la vida de sus maridos, y ocupar un lugar en su corazón después de sus distracciones ó sus quehaceres; yo ni las apruebo ni critico, porque cada uno arregla su existencia á su capricho, pero por mi parte ni debo ni puedo aceptar una condición que labraria no solo mi desgracia, sino la de todas las personas que me rodeasen. Si John Bwring no tiene tiempo para escribirme en el día, ¿qué haría en lo sucesivo? Si el buen éxito de una especulación en Londres le importa mas que la opinión que pueden formar en Lanark de su cariño, no estamos hechos para vivir juntos, porque no podríamos entendernos.

— ¿Y quién te ha dicho que no te engañas al juzgar así los actos de John Bwring? — replicó Elisabeta que había escuchado á su hermana con un aire triste y grave, — ¿tan segura estas de tí misma que puedes atreverte á condenar así á primera vista, y para siempre? Te quejas de lo poco que te escribe tu primo, de su aparente incertidumbre y de su viaje repentino... escucha, pues, la carta que acabo de recibir.

Elisabeta desplegó la misiva que tenía en la mano y leyó lo que sigue:

« Mi querida prima:

« No os escribo de mi puño y letra porque me hallo imposibilitado para hacerlo; al cabo debo deciros la verdad. En estos últimos meses la oftalmia de que estaba amenazado fué tomando un carácter mas grave de día en día sin que yo haya querido decir nada, pero á pesar de que trataba hasta de engañarme á mí mismo, mis temores iban siempre en aumento. Clara se quejaba de mi laconismo y no sabía que cada carta me costaba un trabajo inmenso; yo evitaba el ponerla en cuidado, pero sus reconvenciones me llegaban al alma, hasta que por último cuando ha dejado traslucir la sospecha de que me faltaba la fé dejándome en libertad de cumplir ó no mi promesa, me decidí á tomar una resolución suprema. Me habían dicho que solo un célebre oculista de Londres podría juzgar mi enfermedad, y quise dirigirme á él como al destino, reservándome si me condenaba, el negarme á asociar vuestra querida hermana á una existencia perdida; yo hubiera permanecido solo en las tinieblas, y no por largo tiempo. Entonces escribí á Clara aplazando mis esplicaciones hasta la vuelta de mi viaje á Londres, y aquí estoy, querida prima, pero aliviado

y casi dichoso! Gracias á los auxilios del arte mi mal se va disipando y el sabio médico que me cuida me promete una pronta y completa cura; cuando me hizo esta promesa, hubiera querido prosternarme á sus pies, porque no era únicamente la luz lo que me prometía sino la vida, una vida de gozo y de ternura al lado de mi Clara adorada!

« Leed á Clara esta carta con precaución; ya que he podido ahorrarle toda inquietud, no quiero causarle la menor impresión dolorosa; no quiero dar jamás ningún motivo de tristeza á la que no ha sido nunca para mí mas que una causa de gratitud y felicidad.

« JOHN BWRING. »

Desde las primeras palabras de esta carta, Clara no pudo contener una exclamación; la verdad se presentó á sus ojos como un relámpago, pero á medida que Elisabeta iba adelantando en la lectura, su rostro espresaba alternativamente la sorpresa, el sentimiento y la ternura. ¡Todo lo comprendía entonces! El noble silencio de John, su jenerosa indecisión, el plazo que tanto la indignó, todo aquello de que se había quejado merecía elójos, todo lo que parecia condenar á John le glorificaba.

El rostro de la jóven se inundó de lágrimas de dicha y admiración. Inclínada sobre su hermana la estrechaba en sus brazos sin poder hablar, pero de repente se separó asustada; acababa de atravesar su pensamiento el recuerdo de la carta de ruptura; dirigida desde Lanark esa carta había podido experimentar algún retraso y por eso, sin duda, John no la había recibido aun, pero es seguro que la recibiría, acaso se la estaban leyendo en aquel instante y al mismo tiempo que Clara recibía las pruebas de su desinterés y afecto, John sufría la espresión de la injusticia y de la frialdad de la jóven.

Esta idea atravesó como una flecha el corazón de Clara, y se dejó caer sobre una silla ocultando el rostro con sus manos.

— ¿Qué tienes? — preguntó con viveza Elisabeta.

— ¡Ah! Hemuerto mi dicha con mis propias manos.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Mi carta! ¡mi carta! — exclamó la jóven sollozando.

— ¡Héla aquí! — dijo la hermana mayor presentando una carta abierta.

Clara arrojó un grito de alegría y cayó en los brazos de su hermana.

— ¡Ah! Me has salvado, — dijo.

— Sí, — respondió Elisabeta con dulzura, — y ten presente que solo se salva á aquellos que se esponen á su pérdida. No olvides esa advertencia que te acaba de dar la Providencia; la verdadera firmeza no consiste en obrar de repente ni en desafiarlo todo imprudentemente. Cuando se trata de juzgar á los demas se puede creer en el bien, pero en cuanto al mal se debe esperar á que haya pruebas.

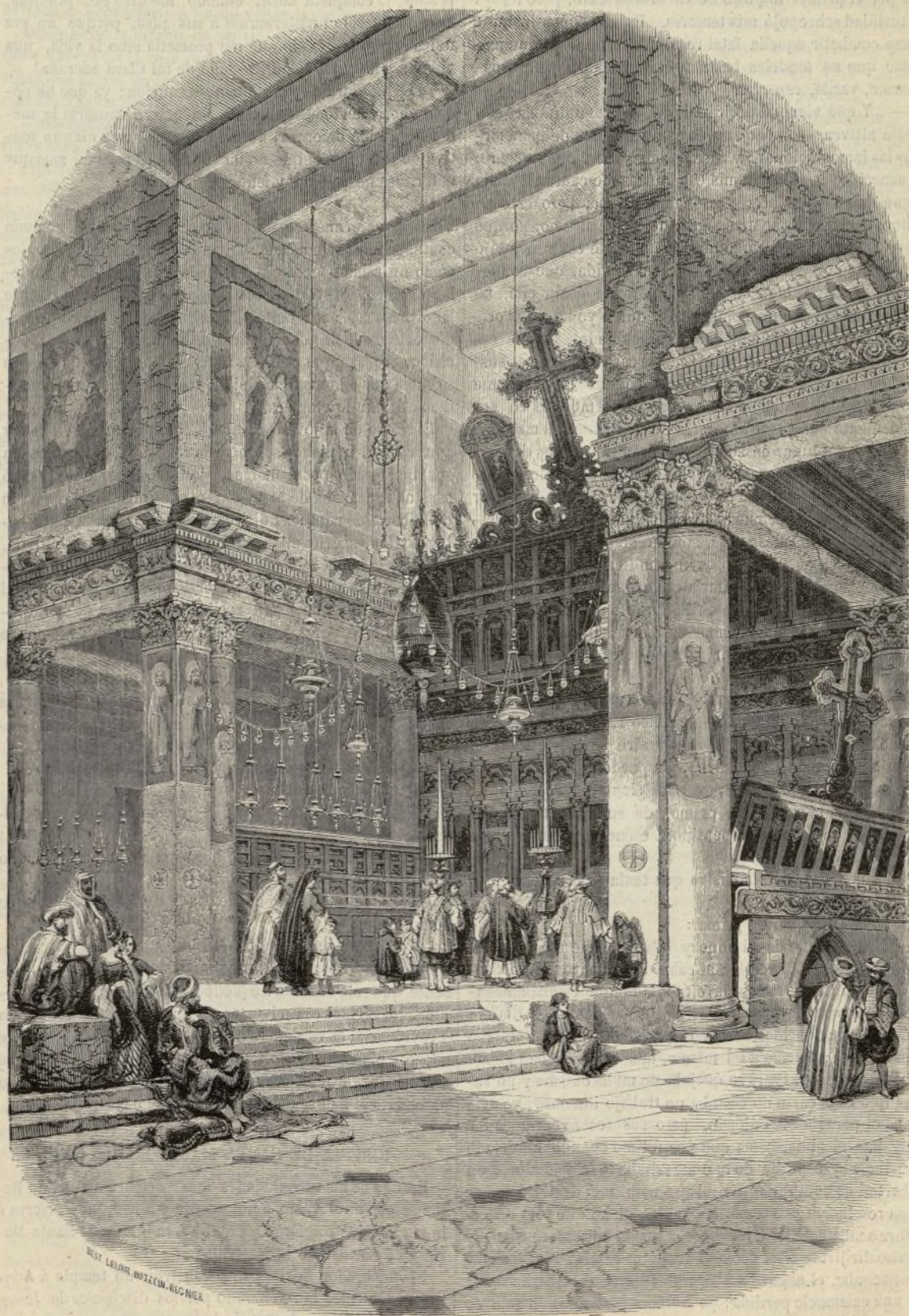
#### IGLESIA DE SANTA MARIA EN BELEN.

En una de las estremidades de esa célebre ciudad de Belén se eleva un vasto é imponente edificio que encierra á la vez el claustro griego y el latino, la iglesia de Santa María y el claustro de la Natividad.

El emperador Adriano hizo construir un templo á Adonis en ese suelo tan venerado por los discípulos de Jesús, pero Santa Elena destruyó el monumento pagano construyendo sobre sus ruinas la iglesia de Santa María. Cerca de esa nave imperial, está la capilla de Santa Catalina



donde los religiosos celebran misa todos los días, y por los recuerdos del Evangelio. A lo último de la escalera hay allí se baja á las bóvedas subterráneas consagradas por una cueva que encierra los mausoleos de los hijos de Be-



Vista interior de la iglesia de Santa Maria de Belen, fundada por Santa Elena.

len víctimas de la ansiedad y de la barbarie de Herodes, y frío, que conduce al altar de la Natividad, erijido en como dice la tradición. En esa cueva hay un pasaje oscuro la misma gruta en que Jesucristo vino al mundo.